

TIEMPOS CRÍTICOS

DIOS - PATRIA - REY

Año VIII

ENERO 1950

Núm. 13

YO NO SOY LIBERAL. Y SIN EMBARGO QUIERO Y PUEDO SER EL REY DE LA LIBERTAD.
CARLOS VII

El Mundo Occidental

Con sobrada ligereza, en el mejor de los casos, se vienen dirigiendo las esperanzas de los pueblos, incluso del nuestro de una manera más o menos solapada, hacia eso que pomposamente, y sin que nadie acabe de explicarnos en que consiste, viene calificándose de "mundo occidental".

No creemos que con ello pretenda enunciarse un simple hecho geográfico. Ello supone que su alcance es otro, aunque nadie nos lo haya aclarado, ni haya sido capaz de definir su contenido. Y lo que no se define, cuando se conoce siquiera medianamente el diccionario, es que no se comprende, ni a ciencia cierta se conoce, razón por la que no puede definirse, ni explicarse a los demás. Veamos, no obstante, de analizarlo, siquiera brevemente.

Desde luego, salta a la vista, por mundo occidental no podemos entender que se hable de mundo cristiano y mucho menos aun de mundo católico. En efecto, este mundo, entre otros, viene integrado por Estados incrédulos y ateos, como Francia, y abiertamente herejes como Inglaterra y Estados Unidos, de abierta tendencia protestante; todos ellos más o menos masónicos o masonizantes. La defensa del Cristianismo, y mucho menos del Catolicismo, no es, ni puede ser el denominador común que califique la naturaleza y el fin del llamado "mundo occidental". Los deseos particulares de algunos, por respetables que sean y por armónicos que resulten a sus particulares conveniencias, no son bastantes a modificar la sustancia de las cosas, la que en realidad les corresponde con arreglo a su naturaleza. Ello ya sería bastante para que este "mundo occidental" no despertara nuestras simpatías, ni diga gran cosa a nuestra mente y a nuestro corazón.

Se dice, cuando más, que "mundo occidental" es sinónimo de libertad y democracia, de respeto a los derechos individuales. Esto, en todo caso, tampoco es una definición; aunque tal vez signifique una enumeración de términos, bajo cuyo signo por cierto se ha librado la perdición del mundo y la ruina del verdadero orden cristiano. Mientras no nos pongamos de acuerdo sobre lo que significan estas expresiones de libertad, democracia y derechos individuales, no habremos adelantado gran cosa. Porque, ¿qué es la libertad? ¿El derecho de hacer cada uno, para decirlo fríamente, lo que le da la gana? Entonces no estamos conformes. Aunque esto ni siquiera sucede en el orden de la realidad. ¿Es, tal vez, el derecho de dictar leyes seculares, de desconocer pública y privadamente los derechos de Dios y de la Iglesia, de emancipar al hombre de la Divinidad? Tampoco, en este supuesto, estamos conformes con la teoría. Aunque, desgraciadamente, esto es lo que ocurre en la práctica. Y, ¿qué es lo que significa con las palabras democracia y derechos individuales? ¿El derecho de la mayoría a imponer su voluntad? Entonces los derechos individuales pueden ser un simple juego de palabras, una sangrienta irrisión. ¿El predominio de los derechos individuales por encima de todo? En este caso la democracia puede ser un solenne mito y el puente de rosas que conduzca a las espinas del anarquismo o de la dictadura, como remedio contra un individualismo exagerado y tan solamente al caos puede conducir. Desde un punto de vista histórico es bastante claro. En nombre de la democracia, de la voluntad popular, Pilatos mandó crucificar a Jesucristo, el justo por excelencia. Y en nombre de los derechos individuales, la Revolución francesa entronizó una sangrienta tiranía, que llevó al cadalso la cabeza de Luis XVI, y arruinó todas las seguridades públicas. En el mismo nombre de la democracia, Hitler, del que nosotros no nos distinguimos ciertamente como partidarios, fue condenado con todo su sistema político, al parecer querido libremente por la gran mayoría del pueblo alemán, y en nombre de la misma democracia, un Presidente norteamericano, de injusta memoria, y un Jefe de Gobierno inglés, que en medio de sus indudables dotes en algunos aspectos no merece mayores alabanzas, entregaron a la rapacidad de Stalin diversidad de pueblos y naciones contra la voluntad mil veces manifestada de sus desgraciados habitantes, víctimas hoy de una feroz tiranía sin límites y sin precedentes. En nombre de los de-

(Pasa a la página 2ª)

PENSAMIENTO DE AYER... QUE ES DE HOY

El español es pueblo tan maravilloso, que, a pesar de que hace años que está miseramente desgobernado, es gobernable todavía. La superfiere, un poco maleada; el fondo aún es buena. El pueblo español está harto de miserias y está ansioso de paz y de justicia...

APARISI Y GUIJARRO

En torno al sindicato y su autentica misión en el Estado representativo

I

Bien puede afirmarse, echando mano de términos filosóficos, cuya comprensión por otra parte, está al alcance de cualquier persona medianamente culta, que si la aparición de la gran fábrica es la causa material del desquiciamiento del mundo moderno, concretamente de la llamada cuestión social, la verdadera causa formal de esa cuestión debe situarse en la organización político social que nos legó la Revolución Francesa, o sea, en otros términos, en el Estado liberal.

La estructura social de los tiempos anteriores a la Revolución, aun de los más inmediatos a ella, como cristiana que es en el fondo, se asienta sobre la base del mismo principio que al informar los elementos constitutivos del Feudalismo, logra la maravilla de un insospechado equilibrio, allí de donde a primera vista no parece cabría esperar otra cosa que despotismo y tiranía.

Para llegar a ese principio hay que partir de un hecho real y evidente en la naturaleza y es la desigualdad en las dotes físicas e intelectuales de los hombres, que nos lleva a distinguir los fuertes de los débiles. La característica de los débiles consiste en buscar el amparo de los fuertes, por modo institutivo, con objeto de satisfacer la necesidades de la vida. Ello es así de tal suerte, que el grado de debilidad o inferioridad física, moral o intelectual de un individuo, está en razón directa de la medida en que depende de otro u otros, para llenar las exigencias materiales morales o intelectuales de su existencia. La agrupación de los, en uno u otro sentido, débiles en torno al fuerte, es, de resultados de la precedente consideración, totalmente lógica. Ahora bien; bajo el imperio de un enjuiciamiento de la vida, puramente humano, materialista, la consecuencia natural de semejante hecho sería por lo que al fuerte se refiere la adquisición de un derecho, omnimodo: el sus vicisitudes del patrifamilias romano. Para el Cristianismo, en cambio, la posición de superioridad del fuerte supone más que un derecho, un deber. Es el deber que nace para el padre o el hermano mayor, respecto a los hijos o hermanos menores, respectivamente, que se confían a su protección. He ahí por qué dijimos antes que el Feudalismo pudo evitar el riesgo de la tiranía y convertirse en medio eficazísimo para el logro de un notable equilibrio social en la época de su vigencia.

En efecto. Si la prestación del vasallo se extendía a las cosas más diversas—trabajo en la paz, milicia en la guerra—y podía ser reclamada en todo momento, llevaba aparejado como contrapartida en el señor el deber de procurar al que le servía fielmente una existencia pacífica y racional. En trance de cumplir con sus servidores el se-

(Pasa a la página 2ª)

UNA PAELLA ACCIDENTADA En torno al sindicato

(viene de la 1.ª pág.)

No había manera de convencer al general Castell para que estuviera un poco más alerta sobre las andanzas del enemigo.

La valentía, la decisión, la serenidad ante el peligro eran en dicho general, maestro en la difícil lucha guerrillera, tan extraordinarios — de todo lo cual dio pruebas magníficas —, fue el primero que se levantó y el último en abandonar la lucha — que daba la sensación de ser un hombre sólo apto para solucionar problemas intrincados en el preciso momento que se planteaban. Cuando se le avisaba en forma apremiante de que había enemigo a la vista, solía preguntar:

— ¿En qué sitio está?

— Pues, en tal punto.

Si este, por ejemplo, se encontraba a un kilómetro de distancia, lo consideraba lejos, y contestaba imperturbablemente:

— ¡Oh, todavía están lejos...!

Para él era cierto que el adversario estaba cerca cuando las guerrillas cambiaban los primeros disparos. Entonces si que no fallaba el toque de llamada a la carrera. Sin embargo, nada de prisas, nada de precipitaciones. Daba las órdenes como si se tratara de unas maniobras en una guerra de mentirijillas.

Los que se habían acostumbrado a esta original táctica, descalabradora del sistema nervioso, sentían por el general Castell una fe y una confianza sin límites, a prueba de sorpresas.

En una de éstas, y mientras un grupo de voluntarios estaba guisando una paella, se oyó el estridente toque de llamada a la carrera.

— ¡Ahora sí que los tenemos aquí! — dijeron los voluntarios al percibir la inoportuna llamada, que les echaba a perder la aspirada y succulenta paella.

Más en la comunidad siempre hay quien es más avisado. Un voluntario que tenía más hambre que un can perdiguero, y que había intervenido afanosamente en la preparación del condumio, le dio extraordinariamente abandonar así como así el fruto de sus desvelos, y cuando ya se disponía a dar a la paella el postrer adiós, una idea luminosa se le acude: la de depositar el contenido de la cazuela en su pañuelo de bolallo, de aquellos llamados de «hierbas», que solían ser de un tamaño descomunal.

Malhumorados por la trepa que les había jugado el enemigo que les había impedido saborear con paz y tranquilidad la acariciada paella, seguían su camino. En esto observan a uno que, en tanto iba andando, hacía mover los maxilares como si estuviera comiendo.

— ¿Qué es lo que estás comiendo, Joanet? — le dijeron sus compañeros.

— ¡Ah, ya lo podéis ver! Aquel arroz con pollo que vosotros abandonasteis — exclamó con sorna el rezagado.

Cerciorados de la verdad, no hay por qué decir que todos se dispusieron a participar del banquete, empleando por toda cuchara la de Adán, que introducían en el cada vez más flácido hatillo con pocos miramientos.

— Ya os lo habría dicho antes — dijo con humildad que parecía socarronería —, pero como el pañuelo estaba... Vamos, ya lo podéis suponer... No me atreva.

Por no considerara su obrar como exigido únicamente por deber de justicia, sino, además y principalmente, por deber de caridad. De ahí que, mejor que el de señor, le convenga el dictado de padre. Se dirá que en la práctica las cosas rodaban a menudo de muy diferente manera. Cierzo. Pero no porque acá y acullá se desfigurara, dejara de mostrarnos algo con sus verdaderos contornos en las restantes partes. También se han dado casos de positiva labor social en medio del Capitalismo y no por eso vamos a echar el velo del olvido sobre sus pecados capitales.

Hemos aludido a casos de positiva labor social desarrollada en medio del Capitalismo. Pues bien, esos casos se deben a la aceptación del principio cristiano de organización social que venimos subrayando. Cuando todavía no se habla de salarios justos y mínimos, de seguros y subsidios familiares, los efectos que éstos tienden a provocar se obtienen plenamente, cuando quiera que el patrono, imbuido el espíritu de aquella idea cristiana, se siente llamado a ejercer una tutela espiritual y material sobre sus obreros.

El Estado Liberal rechaza a título de ignominioso para el débil el hecho incontrovertible de la división de la sociedad en fuertes y débiles. Después de la Declaración de los Derechos del Hombre sólo cabe admitir una igualdad total y absoluta. La dependencia y subordinación en el sentido cristiano que damos al término al hablar de fuertes y débiles, sólo se admite entre el individuo y el Estado, como de menor a mayor, nunca entre dos individuos entre sí. De donde las relaciones jurídicas que puedan darse entre esos dos últimos, excluidas las puramente familiares, quedan siempre relegadas al plano de negocios particulares. Tal el contrato de trabajo, que será en adelante el único lazo que unirá al antiguo señor del castillo, hoy de la fábrica, con el un tiempo vasallo, hoy obrero. Si de ese contrato no han de derivarse, por consiguiente, para obrero y patrono, otras consecuencias que la prestación meramente material del trabajo y la respectiva remuneración del mismo, lo natural es que cada parte vaya a él con ánimo de obtener las mayores ganancias posibles. El Estado garantiza el libre juego de las voluntades, no sólo para el acto de determinarse o no al contrato, sino también para el de fijar la cuantía y condiciones de la aportación bilateral. En suma, la libertad consiste en dejar a cada parte abandonada a sus propias fuerzas. Es decir, para el débil a darle opción entre dos extremos: someterse a la voluntad del más fuerte o perecer de hambre. La voluntad del patrono, no se olvide, irá guiada exclusivamente por su propio interés desde el momento en que el Estado le obliga lo mismo que al obrero, por su parte, a no ver en la relación que establece con este último más que un negocio material.

(Pasa a la página 3.ª)

El Mundo Occidental

(Viene de la pág. 1.ª)

rechos individuales se ha condenado y reducido a prisión al glorioso Mariscal Pétain, y a muerte a Laval, y a la horca a otros muchos por el gravísimo delito de haber perdido la guerra, sin discriminar demasiado entre justos y culpables, inocentes y criminales, aunque no sea nuestra misión el defenderlos. Francamente, después de estas experiencias no sabemos que seguridades nos ofrecen estos términos de democracia y derechos individuales, que por otra parte, parecen conceptos elásticos, casi de poma, que todo lo alcanzan y permiten, según sean las conveniencias de quienes por ser vencedores se consideren en el derecho de interpretarlos.

Queda, pues, claro, que los términos "mundo occidental", no son una idea concreta, definida, clara, y que, supuesto que lo fueran, esta idea no nos es, no nos ha sido nunca, ni puede sernos grata ni aceptable, puesto que en último extremo si es algo este "mundo occidental" no es otra cosa que el fruto y resultado de la Revolución francesa, con lo que estamos muy a mal y de la que nada en substancia queremos recibir.

Ahora bien; si ello es verdad, solamente podríamos ir tranquilos tras la confusa bandera del "occidentalismo" por una conveniencia, la de su majestad el dólar, o por un miedo, por otra manera irreparable: el temor al Comunismo. El dinero (Giovanni Papini le ha llamado excremento del diablo), aunque sea tan apreciable como el dólar, es poco para comprar nuestra conciencia de españoles, que un día fuimos dueños del oro del mundo y ni siquiera supimos manejarlo. El miedo al Comunismo, a la idea comunista más que al rodillo comunista a diferencia de tantos otros, éste sí que es capaz de modernos.

Pero contra este peligro no nos protege substantivamente el "mundo occidental", liberal a todo serío, que es su padre en el orden de la doctrina y que en el terreno práctico al Comunismo ha entregado media Europa, aunque hoy, por razones estrictamente capitalistas y de hegemonía política, no fundamentalmente ideológicas, pueden mirarse con más o menos sinceridad como mortales y jurados enemigos.

Puestos a elegir, el Carlismo y los carlistas, en pura doctrina, se quedan sin ninguno de los dos. Y en la práctica tan lejos de ambos como sea posible. Porque lo tienen no está en seguir al "mundo occidental" ni en detestar o seguir al "mundo comunista", sino en crear una conciencia colectiva católica, que se asiente firme en la esencia de los individuos y de los pueblos, y de al mundo sus propias soluciones, que son las de la verdad y la paz dentro del derecho público católico, que tiene sus conceptos sobre la libertad y los derechos individuales o más bien dignidad del hombre, y hasta, si nos apuran, sobre la única manera de entender una democracia, tomando esta palabra en su sentido genérico y más aceptable.

En vigillas de la gran prueba

Velando las armas

Tiempos críticos.

Tiempos confusionistas y amenazadores como jamás lo fueron en ninguna otra época de la humanidad: son los actuales.

Tenemos la guerra ahí cerca, muy cerca de nosotros. Los pueblos están abocados a las más espantosas catástrofes, a la destrucción más absoluta, a la asfixia lenta de su espíritu, de su mismo ser.

Y sin embargo...

Sin embargo es un hecho doloroso pero real, vivimos como si estuviéramos en el mejor de los mundos. Un ambiente de optimismo artificiosamente creado y con más artificio y mala voluntad mantenido y cultivado, trata por todos los medios de apartarnos de los graves problemas de la hora presente, de sus inquietudes, de sus peligros, de la honda tragedia que palpita en el seno de la sociedad contemporánea, víctima de sus errores y de sus criminales desvíos.

Los que gobiernan a los pueblos, los que han coronado sus sienes con el laurel triunfal de los vencedores— débiles y mesquinos triunfos conseguidos la mayor parte de las veces con el arma de la mentira y de la adulación— se recrean y se ufanan de su poderío, olvidando que en cualquier momento puede aparecer la mano justiciera que ha de trazar los rasgos inconfundibles de la inquietante leyenda: MANE THECEL PHARES. ¡Pueblos que os ufanaís de vuestra grandeza, de vuestro poderío, de vuestras conquistas, tal vez habéis sido pecados en la balanza de Dios y hallados faltos de peso! ¡Hombres de gobierno que gozáis con vuestros honores, que os ensoberbecéis con vuestra gloria y vuestras riquezas, quizá Dios haya contado ya los días de vuestro reinado, de vuestro omnímodo poder!

Pero también los que viven en la escasez, con las tribulaciones de los instantes presentes, se mueven y se agitan en un afán tormentoso de subir, de alcanzar con todos los medios a su disposición la cima hacia la que les empujan la envidia y la sed de humanos placeres. Parece como si ningún cataclismo pudiera hundir en la ruina y en el fango, todos los honores, todas las riquezas materiales. Multitudes inmensas, naciones enteras, se entregan inconscientemente a la diversión escandalosa, estúpida y brutal, para aliviar el miedo, para apartar todas las preocupaciones, olvidando que en cualquier minuto puede descargar la ira divina contra los pueblos abandonados a sus apetitos y concupiscencias. También para ellos, para todos nosotros, puede pronunciarse la terrible sentencia: vuestro imperio, vuestro solar, ha sido desgarrado y entregado a las horribles destructoras que desde el oriente y desde el occidente aguardan la hora de lanzarse sobre el mundo que ha despreciado a su Salvador y a su Rey.

¡Tiempos críticos y tormentosos, los actuales!

Dos ideologías van a dirimir su supremacía en el campo de batalla, en una lucha que sepultura a naciones enteras, culpables de su cobardía, entregando a dirigentes sin escrúpulos y a gobernantes corrompidos y corruptores de las conciencias de sus súbditos.

Dos ideologías que en el fondo no son enemigas, preparan cautelosamente sus planes para lanzarse al más feroz exterminio y a la total destrucción de cuanto todavía puede significar obstáculo a los designios de la iniquidad.

Los Estados velan sus armas aguardando la señal que ha de marcar el inicio del loco galopar de los apocalípticos corceles, que sembrarán por doquier la guerra, el hambre, la peste.

La hora de las irrevocables decisiones va a sonar. Mejor dicho, ¡ha sonado ya! Los pueblos son invitados, directa o indirectamente, a escoger su bando, a sujetarse a las directrices que emanan de los portavoces calificados de uno u otro de los sistemas ideológicos, que dicen enfrentarse en una lucha sin cuartel.

Liberalismo y comunismo son los términos que califican a ambos sistemas. ¿Podemos creer en una verdadera oposición entre ambos? ¿No será más razonable suponer que en lo más íntimo de esa pretendida enemistad late una auténtica conspiración satánica para, si posible fuera, desterrar del universo el Santo Nombre de Dios y aniquilar sobre la faz de la tierra a nuestra Santa Madre la Iglesia?

También España es objeto de cautelosas invitaciones. También a nuestro pueblo, quizá con especial predilección, se le mira con grandioso interés en vigillas de la gran hecatombe.

Se dice que España es aliado seguro de los países liberales en la defensa de una civilización que sus dirigentes califican de occidental. Que con España, ni la masonería ni el protestantismo precisan entregar recompensas, ni siquiera formular promesas. Que cuando suene el primer disparo o la primera explosión que señalen el comienzo del drama, el pueblo español se movilizará como tropa de choque para defender la línea del Rin o proteger la retirada de Danquerke.

¡Así, nuestra Patria, muertos y cautivos sus hijos en tierras extrañas, sería fácil presa del odio que contra ella ha levantado, desde hace siglos, el sectarismo internacional! el que se alza victorioso en la estepa y el que se agazapa en las grandes metrópolis como polillas; el que se enfurece iracundo en Oriente y el que labora silencioso más allá del Atlántico y aun muy cerca de nosotros!

Pero los que piensan de esta suerte, los que así confían, los que así trabajan, no conocen al pueblo español.

España no será nunca esclava de torcidos propósitos ni de malhasas intenciones; ni servirá de lacayo a ningún super hombre, ni se prestará a ningún juego ni combinación que pueda suponer atentado a su dignidad y a su providencial misión en la historia.

Lucharemos con la misma energía, con el mismo tesón, contra todas las falsas ideologías, contra todos los doctrinarios, fruto de la malicia y de la perversidad!

Nos levantamos una vez con las armas en la mano para expulsar de España al comunismo ateo y opresor. Pero que nadie olvide que siempre que las sectas y las teorías liberales han pretendido disvirtuar el pensamiento profundamente católico de nuestra nacionalidad, han encontrado en su camino la oposición valiente y decidida de toda

el pueblo, aun en los momentos en que la afirmación ineludible de su fe haya supuesto el aislamiento, la calumnia y la pobreza.

¡Estamos en la brecha dispuestos otra vez, y tantas como fuera imposible, a defender nuestra herencia y nuestro honor!

No aceptamos ninguna imposición, ni de fuera ni de dentro, que atente a los principios inviolables de nuestra Religión. No admitimos que se nos incluya en ningún bloque liberal, por muy occidental que sea, y en consecuencia, rechazamos cualquier jefatura que se pretenda imponernos en nombre de un anticomunismo falaz, dirigido y encauzado por los que desde la sombra combaten contra la Iglesia.

¡España sabrá defenderse con la ayuda divina! ¡Lucharemos hasta morir, si algo es preciso, pero no toleraremos ninguna traición, ni consentiremos compromiso alguno con los enemigos de Dios y de la Patria!

Comprendemos la rara gravedad de los días que estamos viviendo; sabemos que hemos de apartar de nosotros cualquier flaqueza, cualquier improvisación. No ignoramos tampoco que las circunstancias presentes son extremadamente difíciles, que la conjunción universal es de unas proporciones inauditas y que cuenta con resortes insospechados.

Pero frente a las maquinaciones de la fuerza del mal, tenemos a Dios. Tenemos a su Omnipotencia infinita y a su infinita Misericordia.

Y tenemos el arma fecunda de la oración: el bálsamo purificador de la conciencia y de la penitencia.

Con la confianza puesta en lo alto; con la plegaria a flor de labios y en lo más íntimo de nuestro corazón; con la coraza del sacrificio y la alegría en el rostro y en lo profundo del alma, iremos al combate y pelearemos por la causa de Jesucristo, por la independencia y la libertad de nuestra Patria.

No estamos ni con el Oriente ni con el Occidente. Estamos con Cristo y con la Iglesia. Lucharemos por los valores eternos, por la defensa de los pueblos cristianos, para evitar que España caiga en manos de la masonería y del comunismo, para impedir que nuestro destino nacional sea mixtificado por nada ni por nadie.

El Corazón amante de Cristo Nuestro Señor y el dulcísimo Corazón de la Inmaculada Virgen María, Patrona y Reina de España, son prenda y garantía de nuestra victoria contra todas las confabulaciones de los enemigos del nombre cristiano.

ADRIANO RUFO

En torno al sindicato

(Viene de la página 2.)

De una monstruosidad como la que acaba de exponerse es perfectamente comprensible se hayan seguido otras tantas monstruosas como Marxismo, Comunismo, lucha de clases. Pero la consecuencia primordial, por lo que hace a nuestro propósito, es el Sindicato. El cual, si a menudo resulta óptimo instrumento de aquella lucha, se hace forzado reconocer que es expresión asimismo de un afán doblemente justo y noble: reivindicar el bienestar social para los débiles y los oprimidos. Si separadamente el débil tendrá que ceder, dada la pasividad del Estado, ante el fuerte, unido con sus compañeros de infortunio no cesará hasta imponerse. La unión hace la fuerza. He ahí el lema del primitivo Sindicato.



EL JEFE REGIONAL DEL REQUETE DE CATALUÑA HA MUERTO

¡Requetés! ¡Firmes!

El Jefe Regional del Requeté de Cataluña ha muerto. Después de larga y agotadora enfermedad, sobrellevada con ejemplar entereza y cristiana resignación, don José M. Cunill, católico íntegro, carlista lealísimo, rindió su cuerpo a la tierra y su alma al Creador. Sin una queja, ni un reproche, firme en el sufrimiento, como firme fue en sus convicciones y firme en la ruda tarea de cada día, expiró el 27 del pasado noviembre, en su domicilio de Terrasa, durmiéndose en la paz del Señor con la muerte de los justos.

¡Requetés! ¡Firmes!

Ha muerto el hombre bueno, leal, carlista íntegro. En los tiempos duros y difíciles de la República, tiempos para hombres y no de simples adventizos o mequetrefes o vividores de la política en el campo de la oposición, llegó a nuestra Comunión, con el alma abierta, con auténtica voluntad de servir, tan sólo pidiendo un puesto en la primera línea de combate. En sus ojos menudos y vivaces chispeaba, como chispeó hasta la muerte, la llama encendida del Ideal; en su corazón el ardiente deseo de una Patria mejor; en su mente la idea clara del cumplimiento del deber y del dero camino a recorrer para salvar a la Patria. En los tiempos duros y difíciles de la República llegó a nuestra Comunión Carlista. Con su honradéz y modestia de siempre. Y como si la singular providencia de Dios le hubiera traído de su mano al servicio del único Ideal político digno de ser servido por un hombre de su temple y entereza.

Don Alfonso Carlos, el Rey, buen español y espejo de caballeros, hombre bueno, Rey venerable, Caudillo egregio del Carlismo, puso un día sus ojos de varón esclarecido en la modesta y tesonera constancia, en la valentía sin alharacas ni alardes de don José M. Cunill. Y le nombró Jefe del Requeté de Cataluña. De este Requeté cubierto de gloria en mil luchas callejeras, cuyos hombres supieron siempre pelear y morir con honor en el suelo duro de nuestras calles y en la tierra madre regada con la sangre caliente de nuestros héroes en los campos de batalla, sin ahuranzas de la vida, ni cortos ni perezosos en el sacrificio desinteresado, abnegado, anónimo de su personal bienestar. ¡Que al Carlismo nunca le camaron pregones ni voceríos! ¡Que de sus hombres pudo decirse en verdad que eran largos para facellas (las hazñas) y cortos para contallas, y que jamás hurtaron el cuerpo al peligro, ni dieron la callada por respuesta, porque, como bien dijo Navarro Villoslada, sin que ello implique ni rastro de humana presunción, «soldado que se deja pegar no sirve para carlistas». Así llegó don José M. Cunill a la Jefatura del Requeté de Cataluña. Por voluntad del Rey y con su modestia singular, sin ruidos ni engañosas apariencias, mas con la firmeza y tesón de las almas escogidas, grandes, que han nacido para servir y nunca para servirse ni ser servidas.

Cataluña fue en aquellos ya lejanos días el centro de sus actividades, siempre sostenidas, tesoneras, sin desmayos, como de hombre que pone sus ojos lejos y al que no arredran los avatares y alternativas de la lucha y el combate. Con su limpia sonrisa y no dema-

siadas palabras acompañando al que fue íntegramente Jefe Regional del Carlismo de Cataluña, don Tomás Caylá Grau, uno de los hombres más grandes y santos de nuestra Causa, recorrió todo el Principado Catalán, alentando los ánimos de los carlistas catalanes en aquellos años, a la vez difíciles y gloriosos, en los que el Carlismo de Cataluña llegó a ser, por encima de todas las apariencias políticas electorales, una fuerza política de primer orden, hasta el punto de manifestar la Prensa más extremista que los Requetés eran la única fuerza capaz de oponerse al triunfo de la Revolución. Los aplausos grandes, verdaderamente extraordinarios por el número y entusiasmo de nuestros hombres, de Poblet y Montserrat, fueron el fruto de aquella labor perseverante y entusiasta en la que José M. Cunill ocupó uno de los primeros puestos, aunque su modestia y falta de aparato rehuyera todo honor y personal lucimiento. La Bandera Española y la Marcha Real rindieron públicos honores en aquellas «apleas» a Nuestro Señor Jesucristo en el acto de la Elevación de la Santa Misa, mientras los requetés, rodilla en tierra, y la guardia civil rodilla en tierra también, daban público testimonio de que aquella Bandera era la suya y aquella Marcha su Himno Nacional, y que por ellos darían sangre y vida en un mañana próximo, que casi estaba ya al alcance de la mano. Los requetés supieron cumplir su promesa.

Y así se llegó a los días de la Cruzada. Don José M. Cunill, amante las delicadas conversaciones y entrevistas cuya responsabilidad hubo de asumir, al frente del Requeté, como uno más de los requetés, con un fusil en la mano ocupó su puesto en el Cuartel de San Andrés. Aunque bastante se ha escrito sobre el tema, no sabemos que se haya dicho toda la verdad sobre los motivos del fracaso del Alzamiento en Barcelona. Tal vez no sea éste tampoco por ahora el tiempo y el lugar de decirlo. Pero conste bien claramente que el Requeté cumplió puntualmente con las empresas que se le asignaron, y que sus hombres supieron luego comportarse serenos y tranquilos, sin miedo ni vacilaciones, ante los pelotones de ejecución. Fueron a la muerte sin renunciar al Ideal, antes confesándolo públicamente y valientemente, como aquel buen requeté, Ricardo Cervera, que supo renunciar a tentadoras ofertas porque, según dijo siempre a sus valedores, quería correr la suerte de sus compañeros... como aquellos hermanos Algría, que a la hora del morir se arrojaron al pie de sus verdugos pidiéndoles perdón y perdonándolos, pero que en un último gesto de hombres que no se rinden les advirtieron que si tuvieran un fusil en la mano aún les harían correr a todos... ¡Sí! El Requeté cumplió con su obligación, porque supo luchar y porque supo morir con una generosidad y entereza que fue la admiración de todas las gentes. Y con el Requeté cumplió su Jefe, don José M. Cunill, abnegado primero, conducido a Moncada después, fusilado y levemente herido en el cuello por ese tiro de gracia por la misericordia de Dios.

Luego poco tardó en llegar a la zona Nacional. Y en Zaragoza dedicó sus

principales esfuerzos a la organización del Laureado Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, al que consagró todos sus esfuerzos y actividades. Los hechos son tan próximos y se hallan tan en la memoria de todos que hacen innecesario su glosa y comentario.

Vinieron luego los días de la paz, los días de la traición al Carlismo y al auténtico espíritu de la Cruzada, aunque otra cosa querían suponer mal encubiertas apariencias. Y don José M. Cunill siguió al frente del Requeté de Cataluña con la misma abnegada constancia, con la misma entereza y modestia, con el mismo entusiasmo de siempre. Para él los tiempos no eran nunca ni buenos ni malos. Eran tan sólo de lucha y de combate. Mas exactamente, de cumplir con el deber, camino adelante y sin volver la vista atrás.

Y sin volver la vista atrás murió. Como había vivido. Lo recordamos perfectamente. Habíamosle visitado algunos amigos, hace ya varios meses, en la clínica donde había sido operado. Y aún quedan en nuestros oídos las frases hermosas que al decir con emoción de labios de su esposa: «Ahora estamos haciendo una novena para que recupere su salud, si es la voluntad de Dios, José M. nos ha rogado que le evitáramos el hacerla. Tiene ofrecido a Dios el sacrificio de su vida por el bien de nuestra Causa... porque dice que él no puede hacer ya nada más». Lo comprendí perfectamente; lo vi aún más claro en alguna otra ocasión. José M. Cunill, Jefe Regional del Requeté de Cataluña, el hombre bueno, leal, carlista íntegro, ya había iniciado del problema de su vida. Esta era cosa de Dios. Y a Dios tan solamente correspondía decidir. Poco podía hacer, de tejas para abajo, visto con ojos puramente humanos. Mucho, seguramente, a los ojos de Dios. Mas poco o mucho esto lo hizo con el temple y el corazón del que ofrece lo último que le queda de su vida, sin ninguna reserva, para el bien y salvación de los demás.

¡Requetés! En la vida del que hasta ahora ha sido el Jefe Regional de Cataluña hay mucho que aprender e imitar. En la vida, y en la muerte también. Que el oficio de requetés es de saber vivir y de saber morir. Vivir y morir para el Ideal en el tiempo, lugar y circunstancias que Dios disponga, con una sonrisa en la boca y el corazón abierto a todos los sacrificios, ilusiones, indiferente a los avatares de los tiempos y de los peligros, de las adversidades y de los éxitos. Y sin ni siquiera la satisfacción de que el mundo lo recompense; seguros, eso sí, de que ante Dios nunca serás héroe anónimo.

TIEMPOS CRÍTICOS se asocia al duelo del Carlismo Catalán por el fallecimiento del queridísimo Jefe Regional de sus Requetés, y al expresar el testimonio de su pésame a su señora viuda e hijos, y a las Autoridades todas de la Comunión, ruega a sus lectores tomen lección y ejemplo de la vida y muerte de don José M. Cunill, y elevan a Dios el recuerdo y piadoso tributo de una oración frecuente por el eterno descanso de su alma.

LA REDACCION